

Homenaje a Eglantyne Jebb

El 29 de setiembre de 1976 tuvo lugar, en la sede del CICR, el acto de inauguración de una piedra conmemorativa en honor del centenario del nacimiento de la noble personalidad que fue Eglantyne Jebb. Dirigentes de la Unión Internacional de Protección de la Infancia y del CICR, así como colaboradores de las dos instituciones, representantes de las autoridades suizas y ginebrinas y de diversas organizaciones internacionales estaban presentes en esta manifestación durante la cual se pronunciaron discursos. Varios miembros de la familia de Eglantyne Jebb asistieron también al acto.

El señor V. Winspeare Guicciardi, director general de la Oficina Europea de las Naciones Unidas, leyó un mensaje del señor K. Waldheim, secretario general de las Naciones Unidas, quien, en substancia, recuerda que la vida y la obra de Eglantyne Jebb son una demostración de que ser idealista y tener amor por la humanidad puede ir a la par con el éxito de una acción práctica y de una organización eficaz. Esta es una gran lección para aquellos que, tras Eglantyne Jebb, emprenden la lucha interminable por el bienestar de todos los niños y para que sus derechos sean plenamente reconocidos.

Lord Gore-Booth, por su parte, presidente del « Save the Children Fund », tomó la palabra. Leyó primero un mensaje en el que el arzobispo de Canterbury afirma el valor inestimable de la labor que llevan a cabo el « Save the Children Fund » y la Unión Internacional de Protección de la Infancia. El trato cruel infligido a la infancia tiene su origen en la inhumanidad del hombre para con el hombre, y es necesario socorrer a los niños en todas partes del mundo y, en particular, en las regiones en vías de desarrollo.

Lord Gore-Booth asoció luego el recuerdo de Eglantyne Jebb al de Florence Nightingale. En la reciente historia de Inglaterra, esas dos mujeres se diferencian del común de los seres humanos por la labor intensa que realizaron para aliviar el sufrimiento y la miseria. Desde su temprana edad, Eglantyne Jebb dio muestras de cualidades excepcionales de energía y de un espíritu de previsión poco común. Nacida de una familia acomodada, al igual que Florence Nightingale, hubiera podido elegir una vida agradable en el campo. No hizo tal y decidió dedicarse a la enseñanza, en una escuela de aldea, ¡donde los niños dejaban de estudiar a los 8 años ! Tuvo clara conciencia de esta injusticia.

En 1913, viajó a Bulgaria. La segunda guerra de los Balcanes había estallado y ella comprobó cuán dramática era la suerte que corrían los niños en momentos en que su país estaba desgarrado por la guerra y sus familias dispersas. Volvió a Inglaterra, convencida de que era necesario hacer algo. Tras la primera guerra mundial, se opuso enérgicamente a la prosecución del bloqueo aliado.

En 1919 se fundó el « Save the Children Fund » y, gracias a la sorprendente energía y perspicacia de Eglantyne Jebb, comenzó en Europa una larga lucha contra el caos y la miseria. Doce millones de comidas fueron servidas a los niños víctimas del hambre y de la enfermedad en Europa central y oriental.

Todos nosotros, dijo además Lord Gore-Booth, somos herederos de Eglantyne Jebb, depositarios de su mensaje de entrega sin reservas, y nos regocijamos de que su obra prosiga. En los artículos que ella escribió se encuentra reiteradamente esta frase: « Debemos hacer algo ». He aquí el espíritu con el que conviene actuar y que se puede expresar en estas pocas palabras: ¡ « Puedo hacerlo, lo haré » !

Eglantyne Jebb siempre estuvo muy agradecida por la ayuda y el estímulo prodigados por el CICR. El vínculo establecido entre las dos instituciones, hace medio siglo, es, hoy, más sólido que nunca.

En su discurso, el presidente de la UIPI, señor Augusto Lindt, expresó cuán impresionado se siente uno por la extraordinaria personalidad de Eglantyne Jebb, por la imaginación creadora que siempre manifestó.

Tenía un sentido profético, una visión muy clara del futuro del mundo, en el que los hombres estarán siempre más cerca unos de otros. Como lo expresó de manera sorprendente: « El mundo no es más que

una aldea », y, en este sentido, debe considerársela como a una de las mejores defensoras de la idea de solidaridad.

Cuando enseñaba en una pequeña escuela de su país, se escandalizó de las enormes diferencias sociales que existían en esa época y que comprobó, más tarde, en numerosos países de Europa. Decidió luchar contra el sufrimiento de los niños, y lo hizo con una extraordinaria fuerza de persuasión, demostrando un asombroso sentido de lo que nosotros llamamos « propaganda » y que ella veía como el medio de movilizar a las masas, en todo el mundo, para la obra de socorro a los niños. Fue la primera en exigir una ayuda para los niños en África, cristalizando su idea de organizar una conferencia internacional sobre la infancia africana menos de tres años después de su muerte, que sobrevino el 17 de diciembre de 1928.

Durante la primera guerra mundial, vio claro que era indispensable prestar asistencia a los países subdesarrollados. Y el señor Lindt citó, en francés, esta frase de Eglantyne Jebb, frase extraordinaria, si se piensa que fue escrita en una época en la que se creía que sólo las civilizaciones y la técnica europeas tenían valor :

« Debemos colaborar en la educación de los niños de las tribus indígenas para que sean capaces, más tarde, de construir una civilización conforme a su tradición, necesidades y posibilidades, a fin de que puedan discernir y adoptar de otros pueblos lo que es bueno y útil para ellos y rechazar lo que no lo es ».

Eglantyne Jebb presintió que existía la posibilidad de fundar una nueva institución internacional que se encargaría de la defensa de los niños; esta organización, fue fundada en 1920, patrocinada por el CICR, y se convirtió, al cabo de unos años, en la UIPI. El señor Lindt se regocijó, en particular, de la presencia de la señora de Morier, amiga de la fundadora de esta Unión, de la que ella es actualmente presidenta de honor. Por último, insistió en el hecho de que la existencia y la acción de Eglantyne Jebb son, en sí mismas, una lección de comprensión mutua y un llamamiento a la cooperación internacional.

Luego, el señor Alexandre Hay, presidente del CICR, tomó la palabra y pronunció el discurso siguiente :

Al inaugurar, en este lugar, un monumento a la memoria de Eglantyne Jebb, conmemoramos al mismo tiempo, el centenario de su nacimiento y la estrecha colaboración que une, desde su fundación, a la Unión

Internacional de Protección de la Infancia con el Comité Internacional de la Cruz Roja.

En la época de esa fundación, Europa emergía de la primera guerra mundial, debilitada por las secuelas del conflicto, diezmada por las epidemias, dividida por los disturbios locales. Faltaban víveres, medicamentos, ropa y los niños, en particular, sufrían a causa de esas privaciones. A medida que se abrían las fronteras, se emprendían grandes acciones de socorro. Las Cruces Rojas nacionales, la Administración Hoover, las instituciones religiosas, las organizaciones públicas y privadas, la Liga, que acababa de ser fundada, aportaban socorros de urgencia a las regiones más perjudicadas. El CICR, por su parte, había tendido por toda Europa una red de delegaciones permanentes y de depósitos, y participaba en la repatriación de los prisioneros, en la asistencia a los refugiados, en el aprovisionamiento, en la lucha contra las epidemias.

Tan pronto como se restableció la paz, Eglantyne Jebb, fundadora de « Save the Children Fund » se entregó, desde 1918, a la asistencia en favor de los niños. Pero se percataba, ante la magnitud de las necesidades y el empeoramiento de la situación alimentaria, de que era necesario fundar un organismo especializado, que se apoyase en una participación internacional, fuese permanente y proclamase principios universalmente aceptados. El momento urgía, varios millones de niños, en el umbral del invierno de 1919, eran amenazados por la enfermedad y por el hambre. Eglantyne Jebb comprendió que, para obtener resultados inmediatos, cuando las discriminaciones originadas por la guerra no habían aún sido borradas, cuando el bloqueo obstaculizaba el aprovisionamiento de los antiguos imperios centrales, había de recurrir a un organismo capaz de franquear con sus envíos las fronteras políticas y cuyos principios de imparcialidad fueran precisamente los que ella deseaba aplicar.

Decidió Eglantyne Jebb dirigirse al Dr. Frédéric Ferrière, miembro del CICR, pionero de la protección prestada a personas civiles, fundador de la sección «civil» en la Agencia Central de Informaciones, de quien había leído los informes sobre la dramática situación de la población civil en Europa central y oriental. Fue a verlo a Ginebra, en septiembre de 1919, y le expuso sus proyectos. El Dr. Ferrière, y la señora Margarita Cramer, que asistió a la entrevista, fueron inmediatamente persuadidos de su importancia. El CICR fue inducido por ellos a expresar su adhesión, concediendo, el 24 de septiembre, su patrocinio a la nueva organización y confirmando, el 10 de noviembre, a Eglantyne Jebb, tras haberla escuchado. El Comité Suizo de Socorro a la Infancia, equivalente en

Suiza del « Save the Children Fund », se asoció a las gestiones que, a finales de 1919, condujeron a la fundación de la Unión Internacional de Protección de la Infancia.

La Unión Internacional de Protección de la Infancia, fue así estrechamente asociada al movimiento de la Cruz Roja, aunque manteniendo una completa autonomía. Al elegir para la aprobación de sus estatutos esta misma sala del Ateneo donde se reunió la Conferencia Internacional en 1863, los fundadores de la Unión han querido dar un testimonio de los vínculos espirituales que los unen a la organización de Ginebra. En los primeros trabajos de la Unión, al lado de los nombres de los fundadores del « Save the Children Fund », se encuentran los de miembros y colaboradores del CICR, entre los cuales el de Horacio Micheli (que presidió la sesión de fundación en el Ateneo), el de Georges Werner (primer presidente del Consejo Ejecutivo), el de Suzanne Ferrière (miembro del Consejo Ejecutivo, que tuvo una gran importancia en su desarrollo), el de Etienne Clouzot (secretario general), el de Charles de Watteville, el de Voldemar Wehdin (enviado de la Unión a Moscú en 1920). Varias Sociedades nacionales de la Cruz Roja se afiliaron directamente a la Unión Internacional de Protección de la Infancia o se asociaron a su obra. Los delegados del CICR sobre el terreno se han encargado a menudo de la distribución de los socorros recibidos por la Unión.

Plenamente en comunión con el pensamiento del CICR, Eglantyne Jebb, elaboró asimismo un proyecto que le interesaba mucho: la redacción de la Carta del Niño, llamada Declaración de Ginebra, la cual, al afirmar el derecho del niño a la protección y a la salvaguardia sin distinción de razas, de nacionalidad o de creencia, extendía al mundo de la infancia los ideales que habían inspirado a la Cruz Roja. (Correspondió al presidente Gustavo Ador el honor de leer el 21 de noviembre de 1923 en la estación emisora de la Torre Eiffel, el texto de la Declaración de Ginebra.)

La historia de la Unión Internacional de Protección de la Infancia y la historia del CICR han estado, pues, estrechamente ligadas, aunque en el ámbito de su estructura y de sus decisiones, hayan permanecido enteramente independientes. Se trataba, antes que nada, de una acción solidaria, basada en una identidad de puntos de vista con respecto a los principios de imparcialidad y de universalidad en la asistencia, y en relaciones de amistad personal y de confianza recíproca.

Gracias a la irradiación que emanaba de su persona, Eglantyne Jebb tenía el don de captar inmediatamente a aquellos a quienes se dirigía. « Visionaria y realista » se ha escrito de ella. Y éstos son, junto con una voluntad inquebrantable, los rasgos salientes de su personalidad. De

aspecto más bien endeble, con un vestido marrón casi monástico, que adornaba una sencilla cruz de plata, ella parecía el apóstol itinerante de su fe. « Le hacía sentir a uno que nada había hecho hasta ese momento, dicen los que la conocieron, que era incapaz, invitándolo luego a superarse, descubriendo en uno mismo posibilidades que nunca había sospechado. » La señora de Morier, una de sus primeras colaboradoras, me permitirá recordar cómo, desde su primer encuentro con ella, en 1921, se sintió inmediatamente atraída por su personalidad. Al dirigirse a la casa de Etienne Clouzot quien había invitado a ambas, ésta encontró a Eglantyne Jebb en el tranvía. Habiéndola reconocido, la abordó y entabló con ella una conversación. En la primera parada, Eglantyne Jebb comenzó a hablar de su obra, de la evolución que preveía, de la ayuda que necesitaba. Tres paradas más adelante, ¡ había ganado definitivamente a su causa a la futura presidenta de la Unión Internacional de Protección de la Infancia !

La obra fundada por Eglantyne Jebb logró rápidamente la anuencia universal que ella había querido darle. Por su fusión con la Asociación Internacional de Protección de la Infancia, es actualmente una de las instituciones fundamentales en el conjunto de organizaciones internacionales de caridad, extendiendo su acción no sólo a la asistencia material y espiritual, sino también a todo lo referente a información, investigación, legislación en el ámbito de los derechos del niño. Es un privilegio para el CICR haberse asociado a los primeros pasos de esta obra admirable. Es un honor para él haber participado en la conmemoración del centenario del nacimiento de su fundadora. Agradecemos al Comité Ejecutivo de la Unión Internacional de Protección de la Infancia, agradecemos a ustedes, señor Embajador, señor Presidente del « Save the Children Fund », el haber elegido este lugar para honrar su memoria.

Que este monumento sea el signo perdurable de una colaboración fructífera, y dé testimonio de la vitalidad de la obra fundada por Eglantyne Jebb, generosamente proseguida en la actualidad por la Unión Internacional de Protección de la Infancia.

Tras este acto de homenaje, que tuvo lugar en el Gran Salón del CICR, la asistencia se dirigió al lugar donde está emplazada la piedra conmemorativa, en el jardín, y que tiene en francés y en inglés, la inscripción siguiente :

**Eglantyne Jebb (25-VIII-1876-17-XII-1928)
Fundadora, en 1920, de la Unión Internacional de Protección
de la Infancia, patrocinada por el CICR, promotora de la Decla-
ración de los Derechos del Niño.**

Luego se descubrió la estela, y así terminó el acto, digno y sencillo, a imagen de quien se honraba la memoria.

* * *

Con objeto de destacar aun más la personalidad de Eglantyne Jebb y de permitir a nuestros lectores situarse en una época tan fecunda en generosos empeños en el ámbito internacional, reproducimos algunos pasajes de un artículo de la señora J. M. Small publicado, el año 1950, en la Revista Internacional del Niño. La autora habla de los treinta primeros años de la Unión Internacional de Protección de la Infancia, fundada, reiteramos, en 1920, y evoca, al respecto, los orígenes de todo el movimiento internacional iniciado, en particular, por un informe de ese infatigable paladín de las personas civiles que fue el Dr. Frédéric Ferrière, entonces vicepresidente del CICR.

« En noviembre de 1918, el Dr. Ferrière viajó a Viena, enviado por el CICR, y regresó con un informe circunstanciado sobre la situación de los niños y los efectos del bloqueo, así como de lo que para ellos suponían las circunstancias económicas de los últimos meses. Se adjuntaban al informe numerosas fotos de niños, pequeños seres enflaquecidos, demacrados, con miembros esqueléticos, y cuyos ojos hundidos parecían llenos de espanto y de reproches. El llamamiento del Dr. Ferrière tuvo eco; progresivamente se organizó la ayuda gubernamental en favor de Austria, mientras que hubo diversas iniciativas privadas en favor de los niños en Suiza y en los Estados Unidos.

« Pero, no sólo de Austria provienen los llamamientos cada vez más desgarradores. Los delegados del CICR que organizan la repatriación de los prisioneros de guerra en Europa central y oriental comprueban por todas partes la miseria y el hambre de la población autóctona, así como la extensión de las epidemias, la progresión de la tuberculosis; al mismo tiempo se percatan de la total insuficiencia de los productos alimentarios, del combustible, de la ropa, de los productos farmacéuticos y de apósitos, jabón y desinfectantes. El primer informe del Dr. Ferrière, es tan sólo un prólogo de ese libro de la miseria humana.

« La ayuda gubernamental, decidida por ciertos países neutrales, por los vecinos inmediatos de Austria, por la Comisión Interaliada, es lenta. Por otra parte, es objeto de discusión por parte de la opinión pública y parlamentaria y, mientras tanto, los seres humanos continúan desespe-

rando y muriendo. Cueste lo que cueste, es necesario incrementar la ayuda privada, por ser más rápida.

«Un día, a finales del verano de 1919, cuenta la señora Margarita Cramer, el Dr. Ferrière me invitó a tomar el té en su casa con una inglesa que quiere ocuparse de los niños. Me parece ver aún el pequeño y tranquilo jardín de Florissant en esa cálida tarde de verano. Éramos unos cuantos. El Dr. Ferrière nos presentó a aquella de quien ustedes ya adivinaron el nombre: Eglantyne Jebb. Los que la conocieron entonces, nunca olvidarán esa aparición: una mujer entre dos edades, cabellos rubios y grises, cubierta su cabeza con un sombrero adornado con un lazo de gaza azul: está entre un salutista y un cuadro un tanto borroso de Gainsborough; habla con voz dulce, tranquila, y sus palabras se inspiran en la imaginación del corazón, en un sentimiento profundo pero que controla una clara razón. Es, al mismo tiempo, visionaria y realista. ¿De qué habla? Ha leído el informe del Dr. Ferrière sobre la situación en Viena. Ha sido para ella determinante. Si los hombres se matan, hay que salvar a los niños. Hay que salvarlos pues son inocentes de los crímenes y odios de sus mayores, porque no saben de divisiones entre naciones y entre partidos, porque son la esperanza de la humanidad. Si no se salva a los niños física y moralmente, la humanidad va hacia el suicidio.

El niño debe, pues, ser socorrido y protegido, sin distinción de raza, de nación, de religión. La ayuda internacional al niño, que es del interés de todos, es también un medio para ayudar a los pueblos separados a reemprender una acción común y sobre un terreno aceptable para todos, una posibilidad de aprender a colaborar nuevamente.

« Y la señorita Jebb esboza un plan de acción. En esta obra es necesaria la unión de las naciones. Es preciso pues, fundar un centro internacional y neutral. Es necesaria la unión de las clases y hay que hacer un llamamiento a todas las categorías de personas: obreros, campesinos, intelectuales. Es necesaria la unión de las iglesias: « iré a ver a los jefes de las iglesias protestantes; ya tengo la adhesión del arzobispo de Canterbury. Solicitaré la del arzobispo de Upsala. Invitaré a la iglesia ortodoxa, al patriarca de Jerusalén a trabajar con nosotros. Iré a ver al Santo Padre a Roma para que nos ayude y también para que acepte, como centro de nuestra obra, la ciudad de Ginebra. Sus ojos claros irradian su fe. Su voz neta, sin exaltación, expone con toda sencillez ese programa. Esta frágil persona ya no duda porque se ha entregado enteramente.

Ninguna timidez, pero tampoco orgullo personal; un poco gris, un poco borrosa su persona, es san sólo una voz que llama, una voz que proclama. Habla sin ambages, sin énfasis inútiles; habla ante nosotros, que la escuchamos, como una resonancia en nuestros propios corazones, en ese pequeño jardín de Ginebra, como hablará en el Albert Hall, en Londres, delante de una multitud, primero hostil, como hablará ante el Santo Padre, en la solemne audiencia del Vaticano.

Eglantyne Jebb consideraba que el socorro inmediato era más importante que los planes para el futuro. O, más bien, creía que habían de reconocerse los derechos en seguida, al mismo tiempo que se realizaba la acción; y esta idea se formuló en la Declaración de los Derechos del Niño, de la cual ella fue promotora, y que se promulgó, en 1923, como Carta de la Unión Internacional de Protección de la Infancia. En su artículo, publicado por la Revista Internacional (mayo de 1963), sobre la « Declaración de los Derechos del Niño », la señora Morier escribió: « Eglantyne Jebb iba gustosa, para meditar, a la montaña « Salève », cerca de Ginebra, y allí elaboró la Declaración, pero Georges Werner y Etienne Clouzot la ayudaron a darle forma definitiva ». Ese texto, llamado « Declaración de Ginebra », helo aquí :

DECLARACIÓN DE LOS DERECHOS DEL NIÑO

Por la presente Declaración de los Derechos del Niño, llamada Declaración de Ginebra, los hombres y las mujeres de todos los países reconocen que la Humanidad debe dar a los niños lo que tiene de mejor, y afirman sus deberes :

- I. — EL NIÑO ha de ser protegido prescindiendo de cualquier consideración relativa a raza, nacionalidad y creencia.
- II. — EL NIÑO ha de ser ayudado, respetando la integridad de la familia.
- III. — EL NIÑO ha de poder desarrollarse de manera normal: material, moral y espiritualmente.
- IV. — EL NIÑO que tenga hambre ha de recibir alimentos; el niño enfermo ha de ser asistido; el niño subnormal ha de ser ayudado; el niño inadaptado ha de ser reeducado; el huérfano y el abandonado han de ser protegidos.

- V. — EL NIÑO ha de ser el primero en recibir socorros en tiempo de penuria.
- VI. — EL NIÑO ha de beneficiarse plenamente de las medidas de previsión y de seguridad sociales; ha de poder, llegado el momento, ganar su vida y ha de ser protegido contra toda explotación.
- VII. — EL NIÑO ha de recibir educación con el sentimiento de que sus mejores cualidades deben ponerse al servicio de sus hermanos.

Modificado y refundido, este texto fue aprobado, en forma más difusa, por la Asamblea General de las Naciones Unidas, el 20 de noviembre de 1959. Pero el hecho de que esa nueva « Declaración de los Derechos del Niño », que incluye un preámbulo y diez principios, tenga, bajo la égida de las Naciones Unidas, una difusión universal, no es motivo bastante para que olvidemos la Declaración de Ginebra en que Eglantyne Jebb logró condensar, admirablemente, en corto preámbulo y cinco breves artículos, las aspiraciones de toda una generación desconcertada por las guerras, las revoluciones, el hambre. Por ello, y para terminar este homenaje, nada mejor que recordar su importancia.

J.-G. L.